

Pero, ¿quién me dice cómo?

JUAN CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ / MAESTRO

Un ciempiés consultó a una lechuza acerca de un dolor que sentía en las patas. La lechuza le dijo: «Tienes demasiadas patas! Si te convirtieras en un ratón, sólo tendrías cuatro patas... y una vigesimoquinta parte del dolor».

«Ésa es una gran idea», dijo el ciempiés. «Pero ahora dime cómo puedo convertirme en un ratón».

«Hombre, no me molestes con detalles de simple ejecución!», dijo la lechuza. «Yo sólo estoy aquí para establecer la política a seguir».

Cada día, en el mundo educativo, hay más lechuzas, y cada día nos duelen más los pies a los maestros.

Continuamente podemos escuchar, año tras año, cómo aumenta el fracaso escolar, que los niños leen poco y se hacen de animación a la lectura, menos leen los niños, cuanto más les animamos, menos se animan, que no desarrollan su razonamiento lógico, mal comportamiento de los alumnos en los institutos, que los niños no saben estudiar, que no se concentran, los padres no participan...

Pero... ¿cómo enseñar a leer de forma comprensiva? Y, lo más importante, ¿cómo se desarrolla el gusto por leer y crear el hábito de la lectura?

Hay que mejorar la calidad de la enseñanza (aunque no estaría de más que nos pusésemos de acuerdo en qué entendemos por calidad de enseñanza); hay que reducir el fracaso escolar, los niños no aprenden todo lo que deberían, y lo grave no es que no aprendan sino que después de 6, 9 o 13 años de escuela sigan sin aprender. Pero, ¿quién me dice cómo dar solución a todos estos problemas?

Mucho me temo que estamos solos en esta batalla. Y, dada la situación que rodea a la escuela, ya es el colmo. Cada vez hay más personal fuera de ella dando consignas sobre programas, proyectos, evaluando e incluso ¡investigando! Pero si preguntamos: ¿quién me dice cómo?, nunca encontramos respuesta.

Las direcciones provinciales parecen centros burocráticos, sólo preocupados por sus números y estadísticas, donde no se habla de educación, al menos de la educación que se hace en la escuela. Las UPEs (Unidades de Programas Educativos) dicen que coordinan los programas (con tantos asesores técnicos docentes ya podemos estar bien programados). El SITE (Servicio de Inspección Técnica Educativa) evalúa, pero no se «moja». Hay que recordar que la evaluación tiene diversas fases: recogida de información, valoración de la información, devolución de la información al cliente y propuestas de mejora (desafortunadamente a esta última fase nunca se llega), y ya está extendida entre los docentes la idea de que, si quieres que no vuelva un inspector, pregúntale algo referido a la problemática del aula.

Los CPRs (Centros de Profesores y Recursos) quedaron sentenciados de muerte al ser correas de transmisión del Proyecto Curricular de Centro y demás documentos prescriptivos, y ahora se los está dejando agonizar con asesores cada vez más alejados de la realidad del aula y con cursillos que rellenan horas pero no llegan a los alumnos.



Los EOEPs (Equipos de Orientación Educativa y Psicopedagógica) diagnostican pero no aportan soluciones, por lo que, para reafirmar diagnósticos ya sabidos, se los prefiere lejos.

En Madrid, poco sabemos de lo que hace el MEC, aparte de ser más Ministerio de Cultura y menos de Educación y ahora que se va quedando huérfano de funciones, que no de personal. No sabemos bien qué va a ser de él. Y si esperamos que las consejerías de Educación en las comunidades con competencias educativas recién transferidas nos solucionen los problemas, vamos servidos, pues entre que se enteran y no se enteran... Y, con la tendencia existente a reproducir esquemas establecidos, no podemos tener muchas esperanzas.

A lo más que se llega es a propuestas del tipo: «Hay que mejorar las humanidades». Pero, ¿cómo? La respuesta del MEC, después de sus muchas

«Cada día tengo más claro que los problemas de la escuela los vamos a solucionar los que estamos dentro de ella, y cuando los vayamos solucionando, debemos buscar cauces para extender las soluciones y hacer partícipes de ellas a los compañeros».

comisiones y reuniones, a lo más que llega es a decir: «Con más horas. Pero, ¿más horas de lo mismo? ¿Más horas de lo que sabemos que no funciona? Y para mejorar la disciplina... pues normas más duras (se olvidan) de

que cuanto más dura es la ley, mayor es la tentación de infringirla). Parece que el máximo sentido común pedagógico al que llegan los agentes externos se limita a recetas de «Pedagogía de Marujeo».

En cualquier caso no creo que las lechuzas arreglen los problemas del ciempiés.

Al mismo tiempo me pregunto dónde están los resultados de tanto proyecto de innovación, de tantos premios de investigación. ¿Por qué no se busca la generalización de sus mejoras? Y siguiendo con preguntas: ¿qué pasa con la Universidad? ¿Dónde sus doctores, catedráticos y demás profesora-

do que tienen pocas horas de docencia directa, se supone que porque el resto de las horas las deben dedicar a la investigación? ¿Qué investigan y dónde están los resultados? Es curioso cómo se suelen recibir en la sociedad los resultados de investigaciones realizadas por la Universidad sobre técnicas para mejorar tal o cual problema, o de medicina o de medio ambiente, pero nunca se oye hablar de algún descubrimiento educativo por parte de la Universidad. ¿Qué sucede? Se suele publicar el porcentaje de alumnos que no aprenden, o los que más beben o los que han sido insultados. Pero, ¿las investigaciones educativas están sólo para cuantificar males?

Da la sensación de estar en otra onda, de no estar en la misma frecuencia que la realidad del aula. Si alguna vez tenemos la tentación de leer algún artículo de los profesores universitarios, rápidamente se nos quitan las ganas de volver a hacerlo. En la mayoría de los casos, hay que tener un elevado grado de concentración para entenderlo, en caso de entenderlo, pero al final, en la mayoría de los casos parece que se escriben palabras y sólo palabras, alejadas de la problemática del aula.

Cada día tengo más claro que los problemas de la escuela los vamos a solucionar los que estamos dentro de ella, desde el anonimato, y cuando los vayamos solucionando, debemos buscar cauces extraoficiales para extender las soluciones y, por solidaridad, hacer partícipes de ellas a los compañeros que lo estén pasando mal.

Por supuesto que existen respuestas al cómo y son muchos los docentes que llevan años dando soluciones en sus aulas desde el anonimato, pero falta una valentía organizativa que genere la extensión de sus propuestas.

Posibles soluciones serían:

- La idea de promoción entre buenos profesionales no es mala si se les aprovecha para que sigan extendiendo su saber y no se les burocratiza.

- El profesorado de escuelas universitarias de maestros debería contar con un mínimo de horas para impartir en colegios, como ya se hace en alguna comunidad autónoma.

- Buscar y crear vías de comunicación de nuevas y buenas experiencias (no quedándose en la mera publicación de libros, no leídos por la mayoría de los docentes).

- La figura del coordinador de formación o maestro formador dentro del colegio, siendo éste una persona de reconocido prestigio profesional, con posición de poder dentro del centro, que se convierta en un verdadero asesor y canalizador de las buenas experiencias que se dan en todos los colegios. Esta figura sería la encargada de conocer reflexiones de otros centros y de estar al corriente de las últimas publicaciones, así como de ser un verdadero especialista pedagógico en problemas cotidianos de aula (indisciplina, didácticos...). Hay muchos amantes de la educación que realizarían esta función con mucho gusto. Esta figura podría ser similar a la del orientador de los institutos.

- Mientras no exista esta figura, los equipos directivos deben articular medios para que se realice un intercambio de experiencias dentro de los centros educativos.